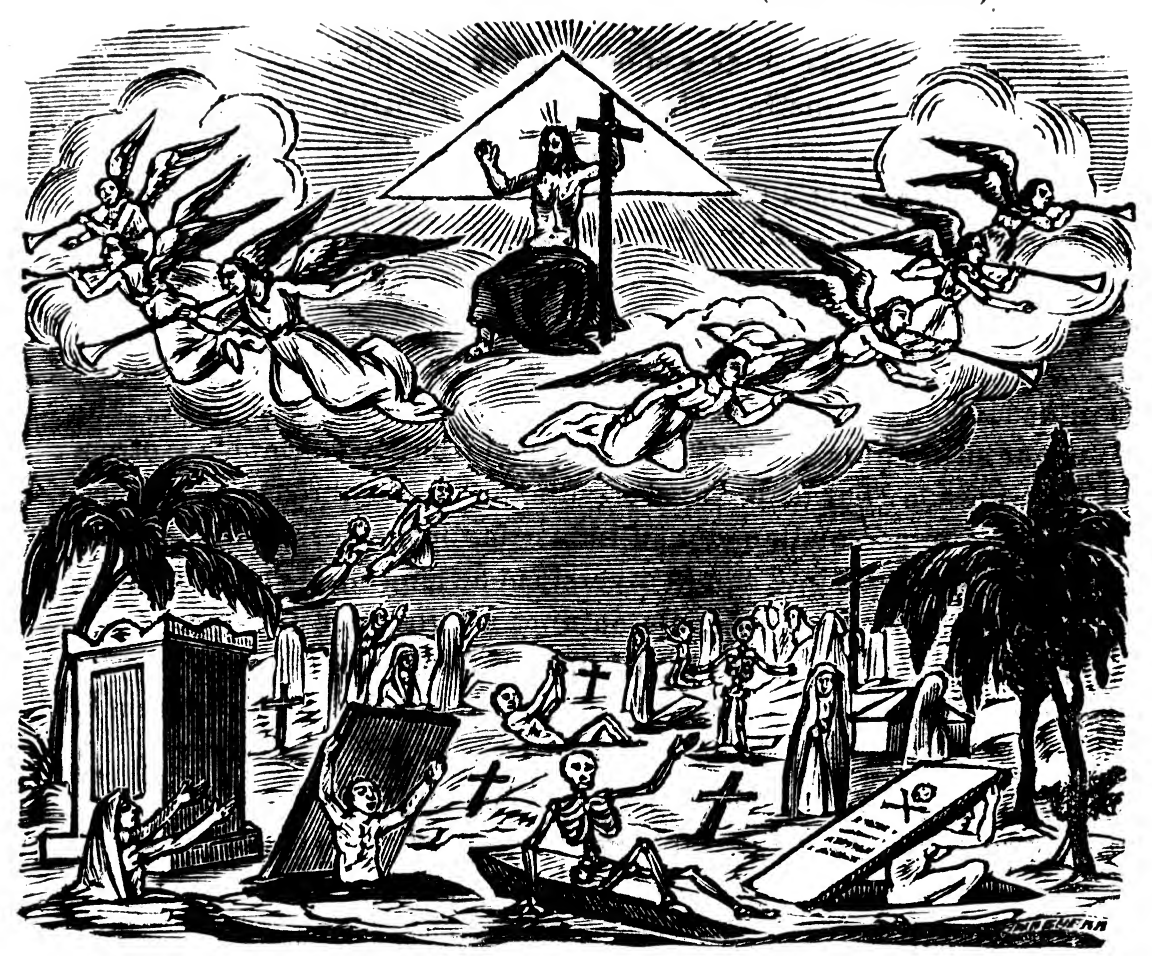
Historia verdadera y espantosa del Juicio universal

Madrid

[1893?]

Reel: 45 Title: 2

(DOS PLIEGOS.)



HISTORIA VERDADERA Y ESPANTOSA

DEL

JUICIO UNIVERSAL DEL MUNDO.

SACADA DEL EVANGELIO DE LOS SANTOS PADRES.

MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD

HISTORIA
VERDADERA Y ESPANTOSA
DEL
JUICIO UNIVERSAL DEL MUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Seguridad de que habrá dia del Juicio.—Ignórase, empero, con certeza cuándo será este dia.—Señales que deben precederle.—Venida del Ante-Cristo.—Caso en que se creyó haber venido el Ante-Cristo y cómo se descubrió no ser cierto.

Que habrá un dia del Juicio, en que los hombres todos serán juzgados segun sus obras por el Soberano Dios, no admite duda ninguna y con ello están conformes todos los Santos Padres. En él vendrá el Hijo de Dios á juzgar vivos y muertos. En prueba de ello, véase lo que dicen los Sagrados Evangelistas, especialmente San Lúcas y San Mateo, quienes lo patentizan con toda claridad. Mas lo que realmente se ignora es cuándo será este Juicio ó residencia de Dios á los mortales. Aun á los Angeles del Cielo se esconde este secreto, porque Dios lo reservó para sí solo, y así dice San Mateo, cap. XXIV, v. 36 y siguientes: «Mas, de aquel »dia y de aquella hora nadie sabe, sino solo el Padre.» Con todo, á tanto se arroja la temeridad humana, que lo que es incomprensible á los Angeles, ha habido hombres que en su ciega presuncion han creido poderlo averiguar.

Qué decantadas han sido en varios tiempos infinidad de profecías falsas, anunciando ya en este año, ya en el otro, ya en este dia, ya en aquel, el terrible dia del Jucio final! Pero todas estas quimeras han ido desapareciendo y debemos fortificarnos cada vez más en la creencia de que ninguno lo sabe sino Dios, por lo que ningun caso debe hacer de semejantes anuncios; pues es de fé que sólo el Padre es sabedor de dia tan tremendo, y este á ninguno se lo ha revelado. Bien es que precederán á tan fatal dia funestas turbaciones en los cielos, en la tierra, en todo lo creado, en fin, y ellas dirán clara y patentemente á los hombres, como ya llegó el dia de la ira de Dios, el dia de su Juicio final, donde ha de dar el premio á los buenos, y el castigo á los malos; y todo esto por toda una eternidad.

La primera de todas las señales que nos avisará este dia, será la terrible persecucion que padecerán todos los justos, y verdaderos creyentes debajo de la opresion de un tirano iniquísimo y poderosísimo, que obrará en la tierra con amplísimos poderes; y cu-

yo carácter expresó el Apóstol San Juan, dándole préviamente el nombre *Anti-Cristus*, *Ante-Cristo*; esto es, *Contra Cristo*; porque todas sus acciones se dirigirán á desterrar enteramente del mundo el culto del Redentor. Para esto atormentará á unos, dará muerte á otros; á estos hará trozos, á aquellos convertirá en cenizas; y en fin, no habrá crueldad ni género de tormento que no invente su malicia contra los justos para atraerlos á su infernal gremio.

Varias son las opiniones que ha habido sobre la venida de tan inícuo ser; los ha habido que hasta han llegado á certificar que existia ya; pero á estos debe decírseles que ninguno lo sabe sino el mismo Dios. Asimismo debenos manifestar, esto es, que cuando más se proclamó la venida de este infernal hombre, fué en el año 1100 de la era cristiana, en que èstaba el mundo tan envuelto en guerras, la virtud y las letras tan arrinconadas y despreciadas, los vicios tan en su auge, y la malicia tan señoreada de los corazones de los hombres, que se persuadieron muchos haber ya llegado el dia en que debia finalizar el mundo, envejecido en maldades y vicios; y así se tuvo por cierto su fin y próxima la venida del Ante-Cristo.

Llegó á tanto esto, que se predicó como cierto, y asegurábase que cumplido el año milésimo, cuando la fiesta de la Encarnacion del Hijo de Dios cayese en Viernes Santo, habia de venir el Ante-Cristo, y tras él el fin del mundo, hasta que un santo monje, llamado Abdo, Abad Benedictino de Florico, varon de singular virtud, desengañó al pueblo de este error en que estaba. Acontecieron entonces, como lo refiere justamente el Cardenal Baronio, prodigiosos terremotos, coincidiendo con la aparicion de innumerables cometas y con otras muchas señales que, segun la Escritura, deben preceder á este dia fatal. Estas señales dieron nueva causa para temores y tristezas en los hombres; pero los disuadió el Santo Abad con sus predicaciones, y de todos los males que se aguardaban, solo una grande hambre vino á afligir al género humano, la que fué unida á una gran peste, llegando á tanto la mortandad, pestilencia y prisa de enterrar los difuntos, que á los enfermos, que aun tenian espíritu de vida, enterraban como si fueran muertos. Refiérenlo varios autores, tal como Baronio, y en especial Alvar Gutierrez de Torres, en un sumario que hizo de las cosas maravillosas y espantables del mundo.

En todos los siglos del mundo ha habido fanáticos ó mal intencionados que han anunciado el fin del mundo, y así vuelvo á repetir, que querer saber la venida del Ante-Cristo, y por consi-

guiente el dia final del mundo, es temeridad, y grande, porque nadie lo sabe, ni lo puede saber. Si los escogidos de Dios no lo supieron, si los ángeles lo ignoran, ¿cómo puede saberlo el miserable mortal? Dios lo tiene reservado para sí, y clara y patentemente nos lo dice por el Espíritu Santo en boca de San Mateo, segun el Testo antecédente. Para evitar estos desórdenes y necias presunciones de muchos sobre esta materia, se vió precisado el Pontífice Leon X, á juntar un Concilio general, el último Lateranense, donde en su Bula *Superti Majestatis*, amonesta con suma eficacia que no se trate ni hable manifestándo certeza de cuándo ha de ser el dia del Juicio y venida del Ante-Cristo. El Concilio Provincial Mediolanense, en que presidió San Cárlos Borromeo, en la Constitucion VI *De prædicatione Verbo Dei*, procura tambien corregir este abuso de predicar el dia del Juicio y venida del Ante-Cristo, sirviéndose para tal prohibicion de las siguientes palabras: «Privamos que ninguno anuncie ni pre»dique como cierto el dia de la venida del Ante-Cristo, y asimis»mo el dia estremo del Juicio.» Cuanto llevo dicho no tiene más objeto que el de que no se dé asenso ni crea los pronósticos, ridículas relaciones y falsas profecías que comunmente se esparcen por el mundo sobre este asunto, que no tienen otro objeto que el de atemorizar á los mortales, y en la gente pusilánime hacer muchísimo daño. Cierto, ciertísimo es, como llevamos dicho, que habrá dia del Juicio, y que le precederá el Ante-Cristo, hijo de la maldad, que predicará en aquellos dias dogmas y doctrinas muy abominables y contrarias á la Divina Ley, con que pretenderá prevaricar á muchos con razones y tormentos; pero en cambio Dios enviará á Santos varones que fortifiquen en la fé á todos, y entre ellos á los grandes Profetas del Altísimo *Elías* y *Enoch*, que predicando á Jesucristo con sumo celo, vendrán, segun dicen, á padecer riguroso martirio en Jerusalen por el malvado Ante-Cristo, contra cuya doctrina se opondrán.

CAPITULO II

Venida de Elías y Enoch á fortificar á los justos.—Maravillas de Elías para convencer á Israel.—Espantosas señales que deben preceder al Juicio Final.—Cuadro que presenta el principio del Juicio

Uno de los enviados á anunciar tal dia, será Elías, quien esgrimirá entonces la espada de su gran celo por la honra de Dios con mayor esfuerzo que en tiempo del idólatra Acab, haciendo muchos más prodigios que entonces, por salvar la honra de Dios. ¡Pero desdichados de aquellos que sigan al perverso Acab! ¡Desgraciados de aquellos que no queriendo reducirse á los portentos y mi-

lagros de la celosa predicacion del Profeta y despreciando el celo, cuidado y trabajo con que este se esmeraba en hacerles conocer un solo y verdadero Dios! Fué el caso que, deseoso este Santo Profeta de apartarlos de la idolatría de sus dioses abominables, para que solo conociesen al único Dios del cielo y tierra, muchos obstinados dejaron de creerle, aun viendo claros y patentes los milagros; uno de ellos bastará para que el lector se forme cargo de los demás, y sepa cómo debe gobernarse el dia del tremendo Juicio, oponiéndose á infinidad de falsos y perversos profetas, que se levantarán secuaces del Ante-Cristo para pervertir á los hombres.

Vivia obstinado en su perversa idolatría el infame Acab, predicábales celoso el Profeta Elías, trayendo en una desconcertada balanza á todo el reino, unos siguiendo á su malvado monarca, otros siguiendo y oyendo al justo y santo predicador. Al ver Acab la oposicion que le tenia el Profeta, partió colérico y airado á encontrarse con él, y al verle le dijo con ceño infernal: «¿Eres tú el que turbas á Israel?» No le aturdió su arrogancia y ceño al Profeta, antes le respondió con el valor que su santa mision le inspiraba: «No soy yo, sino tú y tu casa el que perturba el reino, que olvi»dando la Antigua Ley, idolatras en el infame Baál; y para prue»ba de esto junta en el Carmelo cuatrocientos y cincuenta de tus »falsos profetas, y otros cuatrocientos sacerdotes de tus vanos »ídolos y del profano Bosque, y verás la verdad.»

Hízolo el Rey confiando con arrogancia en sus falsos dioses, y convocado todo Israel, dijo Elías: «¿Hasta cuándo, ciego pueblo, »declinais á dos partes? Si el Señor es solo el verdadero Dios, se»guidle: Si lo es Baál adoradle.» Calló el pueblo porque tal discurso no admitia réplica. Habia determinado el Profeta acreditar antes á Dios con prodigios, porque él no se proponia persuadir, sino á convencer; y así prosiguió diciendo: «Yo soy solo profeta »del Señor, y los vuestros son cuatrocientos y cincuenta; prepa»ren ellos un toro para el sacrificio, yo otro, y dispongamos so»bre distinto altar las víctimas sin fuego. Invocarán ellos á su »Dios, yo al mio, y el que milagrosamente enviare llama á su »sacrificio, ese será el Dios que adoraremos.»

Convinieron todos, aplaudiendo la propuesta, y parece querian rendir al milagro su entendimiento. ¡Oh, miserable ceguedad! Un acto tan solemne lo toma el pueblo como una diversion. No se acuerdan haber visto ellos y sus antepasados, portentos mayores. ¡Infeliz quien aguarda á los milagros, porque si se le malogra uno, se endurece á ellos! Yo creo, que por haber visto tantos Israel, los despreciaba: el uso entibia la veneracion, porque en dejándose de admirar, no introducen á reflectir.

Previnieron los Profetas de Baál su toro por víctima, aderezada ya sobre el ara, empezaron á clamar á su dios que les enviara el fuego, más inútil fué su ruego, este no parecia, porque el dios aparecia sordo á las afanadas voces de los supersticiosos sacerdotes. ¿Quién habia de responder, si llamaban á un ser qué no existia? Si buscan á otro Dios, imposible, ¿qué esperan? No se atrevió el demonio á derramar fuego sobre el ara, porque estaba empeñado por lo contrario Elías, á quien Dios ha dado el poder sobre el enemigo malo, y sobre todas las criaturas impera su Criador. En virtud de tal Omnipotencia lo podia todo la fé del Profeta, que, burlándose de los frustrados afanes de los gentiles sacerdotes, les decia: «Elevad más el clamor, que es fácil que vuestro »dios esté hablando y no os oiga; se estará, quizás, paseando ó durmiendo.» Mofa hace de los idólatras, y no lo entienden, porque aquellas que eran verdaderas impropiedades de la deidad, y cosas incompatibles con Dios, dichas por el Profeta por escarnio, ellos no las tenian por tal, porque atribuian humanos afectos y operaciones á sus dioses; pues muchos de ellos creian que habian sido antes mortales, y así clamaban más y más, subiendo de punto la voz en forma de imprecacion. Heríase con infame rito, hasta verter sangre, mártires de sí mismos: todo el dia pasaron inflamando las infelices gargantas los impíos sacerdotes, y rendidos, sin voz, tuvieron que cesar en sus imprecaciones antes que ardiese en llama la víctima.

Cuando les vió de tal suerte Elías, les llamó y les dijo: Ahora, venid conmigo, quien invocando á Dios, edificó con doce piedras un altar. Dichas doce piedras eran símbolo de los doce hijos de Jacob, padre de las Tribus; ciñe Elías el altar de un conducto de agua que le bañaba por varias separaciones todo. Construye la pira con un poco de leña árida, y separa, conforme á la ceremonia, los miembros del toro. Mándales que por tres veces derramen cuatro cántaros de agua sobre el altar y la víctima, de suerte que no hubiese creencia alguna de que podia haber en él preparado que al fuego llamara, y viendo ya el Profeta convencida la razon y la naturaleza, se puso en oracion con su Dios.

Puesto Elías de rodillas, y con la vista fija en los Cielos, con todo el fervor de su santo corazon, confiando ciegamente en lo que esperaba, esclamó: «Dios y Señor de Abrahan, de Isaac é Is- »rael, manifiesta hoy tu inmenso poder, y que eres tú el solo »Dios verdadero, y yo tu siervo, pues fiado en tu infalible pala- »bra, lo dispuse todo. Oyeme, porque rendido este pueblo ingrato, vuelva otra vez á tí.» No habia aun acabado de pronunciar estas palabras, cuando se desprendió del Cielo tan voraz lengua de fue-

go, que, lamiendo el agua del conducto, devoró la víctima y la leña. Quedó el pueblo pasmado, á cuyo portento, confesando que era solo el Señor el Dios de Israel, adoró á Elías; nada se sabe de lo que hizo Acab; dúdase si testó, á lo menos en aquel instante, la idolatría; lo que en él pasó nadie se atreve á definirlo. Alguna vez estuvo penitente, pero dió de su dolor tan pocas muestras, que el Testo Sagrado las calla. Lo reciente del milagro inflamó tanto el ódio del pueblo contra los infelices Profetas de Baál, que arrojándose sobre ellos, les dieron muerte violenta, y despedazados sus cuerpos los arrojaron furiosos al agua.

Este fué uno de los prodigios que ejecutó el Profeta Elías en tiempo de Acab, para convencer á un pueblo rebelde, lleno de ceguedad por las mentidas persuasiones de muchos falsos profetas; y este mismo volverá á las proximidades del Juicio á ejercer con los mortales, para que se aparten de las infames persuasiones de muchos falsos profetas, que se levantarán secuaces del malvado pseudo-profeta el Ante-Cristo, para apartarlos de sus diabólicos dogmas é impidiendo sigan la única ley de un solo Dios y doctrina de nuestro Señor Jesucristo, quien al cabo de pocos dias de tales acontecimientos vendrá entre nubes á tomar cuenta de todos sus hechos y acciones á todos los mortales.

Precederán asimismo á tan terrible dia, y casi al tiempo en que tendrá lugar la lucha entre el Ante-Cristo y el Santo Profeta Elías, muchas más señales en los Cielos y en todo lo creado. Estas serán estrañas y formidables en los racionales, irracionales é insensibles, porque se verán en lo denegrido del sol, en lo sangriento de la luna, lo precipitado de las estrellas, la confusion de los mares, lo descompuesto y conmovido de la tierra, lo furioso de los aires, lo voraz de los incendios, la inquietud de los brutos, el desasosiego de los hombres, atónitos y temerosos sus ánimos.

¡Ah, el corazon se estremece y el espíritu tiembla al considerar la hecatombe de tan espantosos dias! Un denso velo irá cubriendo el bello azul de los cielos, que solo dejará resquicios para descubrir horrores, porque el sol se esconderá tan medroso, que cederá á las sombras la region del viento; más no obstante, descubrirá, aunque pequeña, una triste y falaz luz, donde se verán los errores que cubre el mundo con velo sutil de sus engaños. La luna, cubierta de negruzca sangre, como avergonzada de ella misma, se ocultará en las tinieblas por no verse más deslucida. Las estrellas, viendo desaparecer al sol y á la luna, á sus sombras huirán cobardes, y desamparando esos cristalinos globos, se despedazarán errantes por el firmamento, quebrarán sus ejes, y descendiendo á la tierra, abrasarán como rayos las que brillaron

cual antorchas. Y por último, no andarán concertadas las celestes influencias, porque será su obediencia el desórden, y sus preceptos el desconcierto general. Y sobre todo, los pedazos de fugitivas luces, precipitados de globos celestes, dejarán unos destellos en la vaga region del aire, que, trasformados en horribles cometas, servirán de faroles para alumbrar fantasmagóricamente tan espantoso cuadro.

Señora del mundo la oscuridad, solo algunos ligeros destellos de opaca luz melancólica dejarán de ver al sol desanimado, encontrando en el Oriente su parasismo; la luna, huérfana, borrando sus medrosas claridades; las estrellas, errantes, sirviendo al solar túmulo; y, en fin, todo será una muda batalla llena de oscuridad, silencio y terror, pues será como íbamos diciendo, el resplandor tan escaso que solo dará luz para ver lo que ha de aumentar el miedo. Tal caos parecerá á los mortales ó que es poco sol para dia, ó mucha luz para noche. Triunfantes en una rebelion las oscuridades, arderán tan congojadas las luces, que parezca la oposicion más obediencia que lucha. Buscarán el dia los ojos, y detenidos los horizontes, aun no darán muertas esperanzas.

A los resplandecientes ocasos de tan brillantes hogueras sucederán ecos medrosos, para que pase el susto de los ojos á los oidos. Estremecida al vaiven de la luz, la tierra se bamboleará en su eje, con más fuerza que si fuera un espantoso terremoto. La que fué seguridad, se convertirá en ruina. Desconociendo la acostumbrada concordia los elementos, descojerán apasionados sus detenidas impaciencias. Ardiendo en enojo, soplará con toda su fuerza el huracan; ardiendo el fuego, llenará el globo de espeso y pestífero humo; y saliendo de su seno el mar, lanzará horrorosos bramidos, á los que, desquiciada la tierra, responderá trémula, bamboleando á sus ecos. La que fué república de concordias, se verá desierta isla de agravios. Faltando al natural halago, con que trataba al mundo, conspirarán á destruirle, cansados ya de componerle. Despreciarán las olas á las arenas, antigua márgen de sus cóleras; y estendiendo las columnas de su jurisdiccion, la tierra que no mancharen con sus negras espumas, ensordarán con sus ruidosos ecos. Discurrirá el escandaloso ardor las abiertas campiñas del viento, encendiendo vengativo cuanto perdonó aprisionado. Solo dócil la media region á tan no vistos pinceles, ofrecerá sus largos espacios para imágenes tan nuevas. No cabrán en la tierra las inquietudes, y huyendo de tanto espectáculo los ojos, subirán al aire, donde variando de aspecto, no estarán sin riesgo.

A tanta novedad nunca vista, temblarán los animales de la tier-

ra, y esta, terremoto tras terremoto, los despedirá furiosa de sus cavernas. Aparecerán mezclados entre los hombres los mónstruos y las fieras, y todos rabiosos templarán su ira cebándose en los mortales. No dejará la tierra sabandija en sus senos, que no lo arroje á la superficie para aumentar el tormento, apareciendo por todas partes asquerosos y ponzoñosos insectos que, más que miedo y susto, esciten un repugnante asco. Saciada ya toda esta gavilla de mónstruos, fieras y venenosas sabandijas en los vivientes, empezará á crecer el fuego que deba abrasar todo el universo, creciendo tanto su voracidad que pasmará y aturdirá á cuantos contemplarlo puedan. Desengaño fueran sus horrores si hubiera tiempo para el desengaño, que si para un desengaño siempre es tiempo, ver entonces espirar el tiempo, será el trisísimo desengaño. Reduciráse el mundo á su nativo desgreñado caos, y borrados los colores de tantas imágenes solo quedará de sus hermosas pinturas las sombras.

En fin, entre esta desordenada y desenfrenada lucha de los elementos, quedará el fuego por único señor de todo. Bajará de los cielos, subirá del abismo, y uniéndose, como dice S. Buenaventura, cuanto fuego hay en tierra y aire para dar batalla, discurrirá colérico por aire, mar y tierra. Quemará el Océano y abrasará este globo; encenderá el viento. No habrá dureza que no ceda á su ira; no habrá diamante que no quiebre á su violencia; no habrá metal que no reduzca á ceniza, porque su inexorable voracidad, cubierta de negro humo toda su luz, porque no se descubra alivio entre el horror, no dejará pintura que no sea sombra; oro, que no sea ceniza; mármol, que no sea pavesa: todo, en fin, lo convertirá á la nada.

Despues de esta desconcertada pelea, calmará el aire medroso, cesará el fuerte ruido los mares, y la tierra sosegará con desasosiego, dejando sus cavernas patentes; el fuego esconderá entre el humo sus volcanes. Huirán del Océano los peces, desertarán del viento las aves, dejarán las fieras los bosques, y hasta los hombres muertos desamparán los sepulcros, porque al ruidoso vaiven del globo terráqueo saltarán los cadáveres de sus tumbas, y con el susto de ver á los cadáveres se convertirán los vivos en cadáveres.

¿Quién puede pintar lo que pasará en el ánimo del hombre injusto á la vista de tanto desconcierto? Al ver los pecadores que todos los elementos amagan la ruina uiversal, conspirando á la postrimera desolacion, llenos de turbaciones, angustias y desmayos, erizados con el horror y susto los cabellos, secas las fauces, no podarn alentar aun congojosas voces porque el corazon, con

vuelcos palpitantes, querrá huir del pecho y la respiracion no osará asomarse al labio. Contemplaránse atónitos y espantados unos á los otros con los rostros ahilados, secos y amarillos; muertos, antes de morir; cadáveres, antes de espirar. Ya acobardados, quedarán de los que miran, tan temerosos de lo que esperan, que ni tendrán aliento para hablar del sujeto que le oprime, ni para huir de los peligros que temen. Solo la estática de los ojos espresará la alteracion de sus pechos; pero como no habrá sitio adonde puedan dirigir la vista que no hallen señales de lo pasado y donde no descubran nuevos temores, apelarán á entorpecer los sentidos, por huir de todos los objetos, temiendo que la oscuridad les haga tropezar con otros nuevos espectáculos de terror.

Pero en vano se esforzarán, por más que trabajen en huir de la imaginacion y de la vista tristes y temerosos espectáculos, no podrán huir; muchos que no podrá escusarse á los ojos, porque inmóviles á la fuga, pues los tendrá el pavor estáticos, tendrán á su presencia las más amables prendas de su cariño, acosadas de aflicciones, atemorizadas de sustos, llorando y clamoreando por el consuelo, y este será tan lejos de los que pidan y de los que le debian dar, que ni aun vislumbres del alivio podrán encontrar en sus cuitas. Clamará la mujer al marido para que le consuele; llorarán los tiernos infantes á sus padres al ver que les faltan sus caricias; la familia toda gemirá porque ya no encontrará quien los cuide. ¡Qué dolor no será este para el padre y marido al ver apelar á sí tantos lloros, suspiros y congojas sin encontrar alivio á tantas penas! Lo más que podrá hacer será huir de la presencia de tan queridos objetos por no verlos, para no sentirlos; mas, ¡ay, que la memoria será el verdugo que se le pongan delante para eterno castigo!

CAPITULO III.

Horrible sonido de la trompeta del Juicio.—Venida del Juez.—Temor y espanto de los pecadores.—Separacion de los buenos y de los malos.—Tormentos horribles de los pecadores.

Por más que los desdichados soliciten templar sus amargas aflicciones escondiendo los sentidos, en manera alguna podrán conseguirlo, porque estando sumergidos en este mar de trabajos y tristezas, oirán resonar la ronca estruendosa voz de una melancólica trompeta que les atemorizará en sumo grado los corazones, penetrando como sonante clarin, no solo en los oidos, sino en los más cerrados sepulcros, porque será tan fuerte su sonido que hasta los muertos le han de oir. Animará el sonoro metal el aliento del Príncipe de los Sacros Tafetenes, San Miguel, di-

ciendo á los hombres con penetrante voz: «Levantaos, muertos, y venid á Juicio.» Aquí será la confusion: cuanto hemos dicho es nada, en comparacion de lo que en esta ocasion debe suceder. Obedientes los helados cadáveres (pues ya al ronco y povoroso sonido, los pocos que hayan quedado vivos se desmayarán muertos) unidas ya las almas á sus cuerpos, se levantarán á comparecer á Juicio.

Animado ya otra vez el pisado polvo, tomará cuerpo, y roto el mármol de las tumbas, dará paso á los cadáveres que encierra. Franquearán los soberbios jaspes sus clausuras, como si pudieran trampear con la prontitud de su obediencia sus vanidades. Faltarán á la fidelidad de sus depósitos, arrojando por muertos vivos. Ni los pórfidos del mausoleo de Artemisa, ni el panteon suntuoso de Porsena, ni los mármoles del sepulcro de Absalon, ni los jaspes bruñidos del Escorial esconderán sus reales depósitos, sino que arrojarán sus helados huesos, porque revivirán todos los cadáveres cuando morirá sola la muerte. Usurparán al aire sus espacios, y heredando sus lugares formarán dos escuadrones, uno de malos y otro de buenos. No serán entonces las flaquezas compasiones, sino delitos. No serán las fragilidades escusas, sino ruinas. Avivaráse el conocimiento para creer la desdicha con la penetracion de la miseria. Será la última infelicidad acordarse del remedio que se pudo poner.

Lleno de su gloria y majestad se presentará el Divino Juez Jesucristo, Señor nuestro, sirviéndole un trono de nubes de dosel ó sitial. Estas vendrán tan arrebatadas por el aire, que con su violento impulso levantarán una polvareda que ocupará toda la region del viento, doblando las descolladas cervices de los montes, y allanando las más elevadas cumbres.

Dirigirá su curso el majestuoso Juez, militando á su obediencia multidud de ángeles, arcángeles, serafines, y dirigiránse todos juntos al Valle de Josafat, donde todos le seguirán obedientes, ya unidas sus almas con sus cuerpos. Hasta por ser este el sitio de la Judicatura, será torturado para los malos, segun la relacion que sobre esto hacen los Santos. El Valle de Josafat confina con todos los lugares donde obró Cristo nuestra Redencion, por lo que tendrán á los ojos la acusacion más rigurosa de sus ingratitudes: á cualquiera parte donde les vuelvan hallarán testigos contra sí mismos. A un lado verán á Nazareth, donde encarnó el Divino Verbo por ellos. A otro á Belén, donde por ellos nació sin el menor albergue, pobre y espuesto á la más rígida inclemencia de los hielos. Desde allí verán el templo donde predicó su doctrina para que, siguiéndola, se libertasen del infierno. Ve

rán desde allí á Jerusalen, y en ella á las casas de los presidentes y pontífices en que por ellos fué condenado á muerte. Verán desde allí el Pretorio, donde fué infamado con sangrienta lluvia de azotes, y el tribunal en que alevosa mano señaló con una bofetada su Santísimo Rostro. Verán desde allí las rejas ó balcon donde le sacó Pilatos para que, viéndole tan herido y lastimoso, se compadeciesen de él los hombres. Verán desde allí las calles de aquella ciudad donde fué paseado afrentosamente, cargado de cadenas y tratado con suma inhumanidad y tiranía. En fin, desde allí contemplarán el Calvario, en que por ellos fué desnudado, crucificado, y muerto en una Cruz; y la sangre que entonces despreciaron, será la tinta que firme contra ellos la sentencia cruel de su condenacion. La vista de todos aquellos lugares será terrible, porque los beneficios recibidos en ellos se volverán fiscales rigurosos contra sus ingratitudes.

Este, pues, será el lugar en que establezca su Tribunal el Divino Juez, y en su Rostro se leerá el decreto de la sentencia. Será su semblante para los predestinados, luz, y para los proscriptos horror; porque se ostentará á aquellos con risa amable, mas á estos con ceño horrible, para llamar á los justos al Palacio de las Luces, y desterrar á los delincuentes al horrendo albergue de las oscuridades. ¡Qué angustias! ¡Qué desmayos! ¡Qué agonías! Que asustando los pechos dejarán en libertad á los discursos, no acabando de matar el espanto, porque quede con vida el sentimiento. En tan terrible escena solo la verdad desnuda y triunfante podrá tener la frente erguida y el rostro sereno. Allí aparecerán ignorantes los celebrados de discretos, allí temblarán cobardes los tenidos por valerosos, y se trocará la vanidad de la sabiduría, y la soberbia de la animosidad en miedo y rubor.

Reunidos todos en aquel tremendo Valle, mandará el Juez á los Angeles que separen los buenos de los malos; aquellos á la mano derecha de su Dios, para llevarlos consigo á su Gloria; y á estos á la izquierda, como desechados, para sumergirlos en el profundo infierno; premiados los unos y castigados los otros por toda la eternidad de los siglos de los siglos.

¡Cuántos, entonces, repasando su memoria se arrepentirán de su pasada conducta! Roguemos á Dios y la sagrada Vírgen de las Mercedes no nos aparten su gracia, que al llegar ese tremendo dia, podamos colocarnos á la diestra del Soberano Juez. Ni la tierra con sus terremotos, ni el mar con sus bramidos, ni el aire con su furor, ni el fuego con su voracidad, ni la turbacion de los cielos, ni el precipicio de las estrellas, ni la oscuridad del sol y de la luna, ni los monstruos, fieras y ponzoñosos insectos igua

larán á la angustia de los malos contemplando á los buenos para quienes todo será premio, placer y contento, mientras que para ellos solo habrá un castigo horroroso y eterno.

Aquí entrará otra angustia mayor, que será el rubor; porque entonces hará el Divino Juez, segun escribe San Pablo, que los pechos de los pecadores se trasparenten de tal modo, que se descubran como un cristal las almas, para que todos vean las escondidas y viciosas manchas de las conciencias. Añade el Apóstol, que despedirá Cristo una luz de tanta claridad, que hará patentes los males escondidos interiores, haciendo manifiestas todas las culpas que se ejecutaron con la infame capa de las sombras; y este será, dice San Bernardo, uno de los tormentos más sensibles, y el cúmulo de todos los males. Porque hará ver que las ricas galas no eran otra cosa que padrones de soberbia y altivez, por esceder á otros en soberbia y vanidad. Hará ver que el cuidado de componer bajo pretexto de parecer mejor al esposo, era tan solo fomentar una traicion para su agravio. Hará ver que el que se lamentaba de otros, mostrando un santo celo, era peor que el acusado. Conocerá el virtuoso el engaño del hipócrita; el amigo de la falsedad del otro amigo; el marido, las traiciones de su mujer; el jóven, las desenvolturas del anciano; y en fin, podrá verse en su verdad las acciones más vergonzosas, de manera que, no habrá infamia, bajeza ni traicion que no vean todos con claridad, y esto será un dolor, una pena, un martirio, que será mayor, si cabe, que los tormentos más atroces del infierno.

Reflexiónelo cada uno para sí, y figúrese por un momento que se halla en una reunion y que de repente le levantan á lo alto, y quitándole el rebozo á su alma, ponen á la vista de todos sus más feos y ocultos delitos. ¡Qué rubor! ¡Qué sentimiento! ¡Qué angustia! Pues esto ha de acaecer en aquel dia. Será tal la vergüenza de ver descubiertas las fealdades del alma, será tan insufrible el rubor de ver que todo sale á luz y que aquello que avergüenza imaginado se descubre en presencia de tierra y cielo, que un San Juan Crisóstomo, reflexionando esta circunstancia, no halla consuelo para templar su pena.

Y entonces los pecadores buscarán, como alivio, los calabozos oscuros del infierno, suplicándoles les escondan en su oscuridad. Caed, gritarán rabiosos á los montes, caed sobre nosotros. Cubridnos aunque nos aplasteis con vuestro peso. Escondednos, aunque nos deshagais, que no son tan duras las aterradas oscuridades que castigan nuestras culpas como las luces que publican nuestras conciencias.

Noso losérán estos los tormentos que sufrirán los réprobos;

mayores los tendrán que sufrir; los acometerá una envidia tan rabiosa, que les aniquilará las entrañas. ¡Qué tormento no será para ellos ver á los justos trasformados en astros luminosos, y mientras que ellos, abatidos como esclavos de Satanás, pisados de los demonios, que desean por instantes la sentencia del Juez de sumergirlos al infierno para saciar con ellos su furor; y en fin, ver á los buenos exaltados, y como hijos de Dios á su lado, y arrojados por el suelo entre los infernales dragones sus verdugos! ¡Qué dolor no sufrirá su corazon al verse ellos condenados á una oscuridad eterna, mientras los otros resplandecieron como luz! Tal antítesis encenderá en sus pechos una envidia y una rabia tan penetrante y furiosa, que duplicará el volcan que los abrasa.

Tan insufrible infierno será para los malos ver el lucimiento que gozan los buenos, que dijo San Antonio de Padua, que Dios les hace gran favor y con misericordia les trata al desterrarlos al infierno por toda una eternidad. Parece extraña ponderacion; pero verdad palpable, porque la envidia abulta el mal á medida del bien. Todos los bienes los convierte en males; conque todas las dichas que atienden los malos en los buenos, serán penas para los malos; por lo que tiene razon el Santo Paduano. Piedad es desterrarlos al infierno, porque ver un condenado, que vea á un justo que goza todos los bienes seria para él mayor tormento que el que pueden darle todos sus propios males reunidos.

CAPITULO IV.

Sentencia final dada por el Juez.—Subida de los justos al Cielo, y bajada de los condenados al infierno.—Entrada de los justos en la gloria.—Clamores de los condenados.—Cierra la puerta de los Cielos el Hijo y los condenados se hunden en el abismo á padecer eternamente.—Exhortacion para librarse de tan terrible castigo.

Pasados los anteriores tormentos, vendrá otro mayor; fulminará ya el Juez la sentencia para ausentarse eternamente de su vista. Pero antes de desterrarlos á los infernales calabozos, llamará á los justos al Reino de las luces, diciéndolos con semblante amoroso: *Venid, venid hijos benditos de mi Padre, venid al Reino que os dispuse desde el principio del mundo.* Y pronunciado que haya estas palabras, volverá con rostro indignado y lleno de enojo por sus obras, y dirá á los pecadores: *Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno que se preparó para habitacion de los demonios.*

¿Quién al oir esta voz no temblará de horror? ¿Quién al oir esta sentencia no desmaya? Desde entonces comenzará la ascension de los justos á la Gloria y verán los malos desde la denegri-

da garganta del infierno, que suben escalando la region del viento con galas de luz, con sonoros cánticos y festivos víctores en compañía de los Angeles, de María Santísima y de su hijo á gozar una gloria sin fin.

Con todo, aun les queda otro tormento á los condenados; tormento horrible, espantoso, el mayor de todos los tormentos, el castigo más cruel para ellos. Llegarán los justos á la puerta del Empíreo, todos, yendo delante, como capitan, el Arcángel San Miguel. Empezarán á entrar las Vírgenes, los Confesores, Mártires, Patriárcas, Apóstoles, y Profetas. Entrarán San José y San Juan Bautista. Llegará María Santísima á la puerta. Llegará esta Madre de Misericordia, y al entrar volverá la espalda. Aquí empezará una gran gritería de los abatidos condenados: *¡Ah, Señora*, gritarán, *ah, Señora, que sois Madre de pecadores, mirad por estos infelices!* Pero entonces, el Hijo, con semblante airado, cerrará la puerta diciendo: *A ninguno de esos malditos conozco*; y abriendose las simas del abismo se hundirán hasta el centro de la tierra, sepultando eternamente su esperanza. Entonces serán los ayes y lamentos, el tardío arrepentimiento se apoderará de aquellos infelices; más, ¡ay! ya será tarde. Su condenacion es eterna, su castigo por los siglos de los siglos.

Todo cuanto llevamos dicho es verdad de fé que nadie puede ni debe dudar. Todos debemos comparecer á tan tremendo juicio; todos debemos presentarnos á aquel Juez que no se engaña, y que sin testigos ni acusadores sabe la verdad de nuestras acciones todas. Preparémonos, pues, hermanos mios, para aquel imponente lance en que, ó hemos de acompañar á Cristo y á su Madre, ó bajar con Lucifer y los demonios al abismo. No hay que perder tiempo, acudamos con anticipacion al que tan terriblemente ha de juzgarnos, que es abogado misericordioso, y con benignidad acojerá nuestras súplicas. No esperemos acudir á su misericordia cuando no haya remedio. Confio en la Divina piedad, que todos abran los ojos á la luz de la razon, y que reflexionen continuamente en esta fatalidad representada, que no dejándola de la consideracion, se verán libres de qne Jesucristo les cierre la puerta y su Madre Santísima vuelva las espaldas.

Confio asimismo que el cuadro que acabamos de trazar fortificará á los justos y hará que los pecadores, abjurando sus errores entren en la senda del bien para recibir en su dia el premio que Jesucristo da á los buenos, colocándolos á su diestra en el Juicio Universal.

FIN.